

Méno's dafio hicieron los Césares paganos á la Iglesia persiguiéndola, que los Césares católicos explotándola. Apenas ver cómo han pasado y huido fugazmente los tiempos en que la Iglesia vivía en libertad, y protestaba por medio de sus obispos y por la universalidad del sacerdocio contra la tiranía de los Césares, contra las violencias de los señores feudales. Desde que el Estado la domina, ha perdido hablando en la esfera puramente política, aquella tenacidad con que condenaba toda tiranía. Los que se dicen sus más ardientes defensores en la prensa, publican un día y otro, con triste incistencia, la tesis de que progreso y cristianismo, libertad y cristianismo, son verdaderamente incompatibles. Hace pocas noches lei en el más antiguo y acreditado de los periódicos religiosos, que no concebía cómo pudieran llamarse á un mismo tiempo ciertos hombres liberales y cristianos. La firme convicción de este antagonismo entre la libertad y la Iglesia, ha petrificado al clero, lo ha reducido á ser considerado por la sociedad presente, no como guía, sino como enemigo. El clero ha perdido todo don político, como el esclavo pierde en las cadenas la conciencia de su derecho. Se fundan las universidades y se fundan contra su ciencia. Vienen las monarquías absolutas, creadoras de las nacionalidades modernas, y vienen contra su poder. Sigue en curso la gran corriente de las ideas del Renacimiento, y rompe el valladar con que la limitara el clero. Sucede el hecho de la paz de Westphalia, que sella el libro de las guerras religiosas, y sobre aquel tratado tan humano cae el anatema del clero. Se desata la revolución que despierta á las naciones, que emancipa á los siervos, que escribe los derechos naturales, y el clero no descubre en esta fulguración del mundo moderno, el esplendor de la idea cristiana. Se alza de su sepulcro la hija predilecta de la Iglesia, la que la llevara en su seno como la Virgen llevó á Jesus, Italia; y se alza, ¡pobre mártir, herida por el hierro de los croatas! bajo las maldiciones del Papa. Se emancipa Bélgica del yugo protestante, consuma una revolución en nombre de todas las libertades y muy especialmente de la libertad de la Iglesia católica, y á los pocos días su constitución y su revolución son repudiadas por Gregorio XVI. La mayoría del clero, miradlo bien, señor, la mayoría del clero español, parece en medio de nosotros como estrajero á todas nuestras ideas políticas. Durante la guerra civil siguió las banderas de D. Carlos. Ahora con exposiciones contra la enseñanza, pretende conseguir por la intriga lo que no consiguió por la armaz. Cree que el día en que le falte la protección del Estado va á perecer, co-

mo cree el esclavo que va á perecer el día en que le falte el techo y el látigo de su amo. Y como sabe que, sea cualquiera su trabajo, ha de ser siempre igual la recompensa, no desciende á esta gran liza de las controversias modernas, no entreve que, si ha de seguir el movimiento religioso del siglo, si ha de pelear con las escuelas exegéticas que Strasburgo y Gotinga arrojan todos los días sobre Europa, necesita estudiar desde las piedras que el aluvion arrastra por el fondo de los valles, donde está escrita la historia del planeta, hasta las palabras escapadas de los labios de los pueblos antiguos, donde está escrita la historia del hombre. Y para crecer hasta tocar con la frente á la altura del siglo, necesita arrojar, como si le quemara las manos, la soldada del gobierno, y recoger en el alma con avaricia los tesoros de la libertad.

Yo insisto en creer que las ideas sociales modernas, estas ideas delocráticas tan perseguidas y anatematizadas, se contienen virtualmente en el Evangelio, como la espiga en el grano de trigo, como la encina en la bellota. Yo insisto en creer que estas tres palabras de libertad, igualdad y fraternidad, á cuyos acentos los pueblos delirán de entusiasmo; que esta idea de la dignidad humana; que este sentimiento de una personalidad superior á la muerte; que esta consustancialidad del espíritu de todos los pueblos con el espíritu humano; que este derecho de la conciencia á comunicarse con Dios; que todas estas bases fundamentales de la moderna civilización, de la democracia moderna, han sido primeramente formuladas en su carácter religioso, por el sublime fundador del cristianismo, y por el coro de mártires que se levanta ante el sepulcro de Roma y la cuna de las naciones modernas. La antigüedad solo concebía el Estado como regulador supremo de la vida. Platon y Aristóteles, que forman la grande antinomia del espíritu, se juntan en la idea de la omnipotencia del Estado. En Grecia y Roma cambian las formas políticas, pasan las teocracias, pasan las monarquías patriarcales, pasan las aristocracias, pasan las repúblicas democráticas, pasan los Alejandros y los Césares, y queda siempre la omnipotencia del Estado. ¿Quereis, Exmo. Sr., que el Estado regule la idea religiosa, como regulaban los colegios de los augures, las respuestas de los oráculos en la antigüedad? Pues siento decirlo, estais en pleno paganismo. No, no podeis quererlo, porque sacerdote cristiano, sabeis que nada hay tan contrario á la Iglesia como la omnipotencia del Estado. Miradlo por vuestros mismos ojos, y encontrareis de esta verdad testimonio en todos los espacios de la tier-

ra, en toda la prolongacion de los tiempos. Ved la historia. Los Faraones azotan á los infelices hijos de Abraham, y los obligan á estar cociendo con la cadena al pié y la argolla al cuello, los ladrillos para sus palacios. Los Faraones son el Estado. Nabucodonosor obliga á todos los pueblos del Asia á ir en peregrinacion á adorar su estatua de oro, y arroja al horno de Babilonia á los tres niños que no quisieron cometer tan abominable idolatría. Nabucodonosor es el Estado. Anito acusa al justo Sócrates, que muere en Atenas con la sonrisa en los labios, con los ojos en el cielo, departiendo de la inmortalidad del alma entre sus amigos, y dejando con su muerte la vida de la conciencia humana. Anito es el Estado. Neron quema en los jardines de su palacio á unos pobres magos, adoradores de un hombre muerto en Judea, y mientras aquellos infelices cubiertos de resina y pez arden, y sus gemidos pueblan los espacios, y su sangre cae hirviendo sobre la arena, el emperador vuelve del Circo ó del Teatro en su carro de marfil, tañendo la cítara, imaginándose un Dios. Pues bien; Nerón es el Estado. Aparece en una ventana del Louvre, en noche siniestra Carlos IX, y cuando muchos infelices huyen de las matanzas consumadas por una soldadesca ébria de fanatismo y de vino, dispara su arcabuz á los perseguidos. Carlos IX es el Estado. Manda Enrique VIII, por satisfacer su concupiscencia, que un pueblo cambie de culto, y cambia de culto. Pues bien: Enrique VIII es el Estado. Se ve en la plaza de Madrid un balcon que brilla, una hoguera que arde, varios infelices con coraza, que se tuestan dentro de la hoguera, dando alaridos horribles, nobles que atizan el fuego; y Carlos II, pálido, trémulo, desmayado, viendo aquella fiesta pagana, hecatombe de carne humana, ofrecida al Dios de las misericordias. Pues Carlos II es el Estado. Muere Servet en las hogueras de Ginebra, despues de haberse visto en su calabozo comido de insectos, respirando el aire infectado por las emanaciones de su propio escremento, muere á manos de Calvino en las llamas. Pues bien: Calvino representa allí el Estado. Y sobre todo, miremos este último ejemplo con recogimiento. El cielo de Jerusalem está oscuro; tiembla la tierra; en la cruz, patíbulo del esclavo, se estiende el cuerpo de un hombre, cuyo crimen ha sido ofrecer un reino celeste á la virtud, fortalecer á los que padecen, consolar á los que lloran, predicar la libertad, la igualdad, la caridad á los hombres, y Pilatos, para escarnio, lo ha coronado de espinas y lo ha llamado rey; y sus soldados han amargado su agonía con hiel, y los que pasaban por el camino ¡ved si hay dolor igual á su dolor! le

han dicho que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio, y muere lanzando un gemido, á cuyo eco se conmueven las piedras, mas compasivas que el corazon de los tiranos. Pues bien: Pilatos y los jueces y los soldados son el Estado. Mirad, señor, lo que hacen, miradlo bien; los que predicán la intolerancia, absuelven á los Faraones, á Nabucodonosor, á Anito, á Neron, á Enrique VIII, á Calvino, á Carlos X, á Pilatos; y condenan á todos los mártires; á Sócrates, á los misioneros, que desafían la inclemencia de la naturaleza para llevar la verdad evangélica por toda la tierra; á los pobres hijos de Polonia, que mueren sobre la patria esclava con el cántico de la Iglesia en los labios; á Jesus, sobre todo, víctima eterna del despotismo de un Estado injusto y de la intolerancia de un culto moribundo.

Cristo, señor, ha predicado la tolerancia. Como era el hombre del pueblo, el hombre sencillo de la naturaleza, el ingenuo Hijo de Dios, explicaba estas verdades en parábolas. Así le escuchaban estáticos desde los ancianos hasta los niños, desde los jóvenes hasta las mujeres, todo el mundo, como se oye el ruido del arro yuelo, ó el cántico de un ave. "El cielo, decía, es semejante á un hombre que ha sembrado buen trigo en su campo. Mas en tanto que los jornaleros dormian, llegóse un malévolo, sembró zizafia en el trigo y se fué. Creció el trigo y la zizafia tambien. Y los servidores del dueño de aquel campo le dijeron: "Señor, ¿no habeis sembrado buena simiente? ¿cómo nace zizafia?" Y les contestó: La sembró un enemigo mio.—"¿Queréis que la arranquemos?"—"No, en verdad, contestó, no sea que por arrancar la zizafia arranqueis tambien el trigo." Ved, señor, explicada aquí sencillamente la tolerancia en la tierra. En el día de la cosecha, es decir, en el día de la muerte, ya juzgará Dios á los buenos y á los malos; ya separará el segador el trigo de la zizafia. Mientras tanto, señor, si os incitan á pedir persecuciones y castigos, contestad lo que contestó Cristo, cuando sus dos discípulos, Juan y Santiago, le pidieron que lluviera fuego del cielo sobre Samaria, porque no habia querido darles posada, al pasar fatigados los tres hácia Jerusalem: "No conocéis, decía Cristo, el espíritu que os anima. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas!"

No juzguemos por nuestro país todos los países, Ex mo. Sr.; no creamos ¡pobres infusorios! que la gota de agua donde vivimos, sea todo el universo. La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aún los dioses indios murmurán en las orillas del Ganges, y el carro de Brahma rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos;

aún se levanta en los templos de China la diosa, en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aún suena el tambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma evocaba Atila; aún el negro del interior de Africa, inmola al espíritu de sus padres, cuyos lamentos cree oír en el simoun, víctimas humanas; aún quizá el abisinio de letrea como un libro sagrado los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aún, desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se estienden mil religiones, y en la misma Europa se levantan por todas partes las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir ó del Rhin, las dos grandes catedrales góticas que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la Edad Media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofia de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte, los templos monstruosos tejidos de los colores del iris, y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griego, y en Roma, á la vista del panteon de todos los dioses, no lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió en el ideal de sus Virgenes las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano, donde Miguel Angel unió con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No cabria, Exmo. Sr., tratar una paz entre los pueblos del mundo, semejante á la paz de Westphalia, que trataron los pueblos de Europa? Aún cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas de la China, explorado el interior de Africa, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizara toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho; y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.

Será tal vez una utopia; pero es una utopia generosísima, santa, que el porvenir realizará, porque la idea se graba en la realidad, como la marca en la cera. Yo veo los prodigios de la industria dando nervios á la tierra con los hilos telegráficos, y llevando las sensaciones de un pueblo á todos los pueblos. Yo veo los prodigios del arte, uniendo en coro inmenso todas las razas que entonarán cánticos diversos, pero cuyos ecos formarán una cadencia unísona en el cielo.

Yo veo los prodigios de la ciencia, demostrando cada dia mas, que nuestro cuerpo debe ser el compendio del planeta, y nuestra alma el reflejo de la humanidad. Yo veo el trabajador redimido, el esclavo emancipado, la guerra concluida, cada nacion en su independencia, cada personalidad en su derecho, cada Iglesia en su autonomía, la democracia universal reinando como la fórmula sagrada de la civilizacion; y el alma del hombre, enrojeciéndose y avivándose cada dia mas en el espíritu de Dios.

Señor, señor, ¿quién sabe el destino que le está reservado en la historia futura á la nacion española? Siempre ha sido una nacion civilizadora, una nacion redentora. En el siglo décimo-tercio, su pluma escribió el ideal de los gobiernos, su espada derribó á los enemigos de la civilizacion. En el siglo décimo-quinto, su arrojo dobló la tierra, descubrió la América. En el siglo décimo-sesto hundió la media luna en las aguas de Lepanto. En el siglo pasado, tendió su mano á la libertad de América y protestó contra la crucifixion de Polonia. En nuestro mismo siglo enseñó al mundo á vencer á los conquistadores con sublimes sacrificios. ¿Quién sabe el destino que le está reservado en la marcha de la civilizacion universal? Si quereis, señor, que la Iglesia contribuya á esta obra, procurad con todos vuestros hermanos que no se esclavice, que no se una á los poderes moribundos, que no proteste contra la libertad de los hombres, contra la resurreccion de los pueblos; que aplique los principios de libertad, igualdad y fraternidad á las sociedades modernas, y entónces será la hora de la emancipacion verdadera de la Iglesia, de su armonía con el espíritu del siglo, y se oirá un hosanna como aquel que oía San Juan, cuando sobre las ruinas de la impura Babilonia, veía levantarse la Jerusalem celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos pies corre tranquilo y trasparente, como en el Paraíso, el rio de la vida; y sobre todo el Eterno Sér, en cuya presencia los espíritus puros, batiendo sus alas de luz y pulsando sus arpas de oro, entonan un cántico inmenso, cuyos ecos llenan de alegría el Universo y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliacion de las criaturas con su amoroso Creador.

Vuestro siempre, Señor.